

Disecado

MARIO BELLATIN

sextopiso



Disecado

Disecado

MARIO BELLATIN



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © Mario Bellatin, 2011

Primera edición: 2011

Fotografía de portada
HUMBERTO RIVAS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2011
San Miguel # 36
Colonia Barrio San Lucas
Coyoacán, 04030
México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Monte Esquinza 13, 4.º Dcha.
28010, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-96867-88-8

Depósito legal:

Impreso en España

ÍNDICE

Disecado	9
El pasante de notario Murasaki Shikibu	65

DISECADO

...durante ciertas noches de otoño, sobre todo aquellas en las que el asma o, más bien, los efectos secundarios producidos por los medicamentos para atenuarla me dejan en un estado que no podría calificar como de dormido o despierto, pasan por mi cabeza una serie de escenas y pensamientos que la mayoría de las veces llegan a límites difíciles de describir. Creo que algo semejante les sucede a la mayor parte de las personas. A muchas las he oído quejarse de circunstancias similares. Esas situaciones incluso las deben experimentar algunos animales en la soledad de sus gallineros, establos o caballerizas. A mí me consta que les acontece a los perros que acostumbra dormir en mi habitación. A veces los sorprendo en medio de la noche mirando abstraídos y atentos hacia un punto indeterminado. Casi siempre advierto cómo, de pronto, mueven algún músculo en forma compulsiva o emiten ciertos gemidos que parecen incapaces de controlar. Estoy seguro de que en esos instantes se encuentran viviendo escenas que transcurren en otra realidad. Puede ser redundante nombrar los efectos que trances semejantes suelen producirnos. Creo que todos de alguna manera

hemos atravesado por este tipo de situación. Sin embargo, en cierta oportunidad experimenté uno de esos momentos de manera distinta a la habitual. Mientras yo me encontraba tendido en mi cama, noté al autor Mario Bellatin sentado en uno de los bordes. Desde el primer momento advertí que aquella especie de persona aparecida de la nada, que se había instalado a mi costado, me hablaba sin cesar. Era como si yo recién hubiera advertido su existencia en medio de un extraño monólogo que hubiese comenzado el autor desde tiempo atrás. Hallé a *¿Mi Yo?* —¿cabría nombrarlo de esta manera?— repitiendo palabras, una encima de la otra, de manera algo desahogada. En un primer momento me pareció que le imprimía demasiada fuerza a lo que trataba de expresar. Que su ser se desgastaba en forma un tanto exagerada en la actividad que se encontraba realizando. Me preocupé principalmente por su salud. Sabía que esa manera algo frenética de relacionarse con los demás había dado como resultado que *¿Mi Yo?* se consumiera antes de tiempo. Me parece que padecía de unos focos irritativos en ambos lóbulos temporales, lo que le producía en forma cíclica determinados estados de conciencia ajenos a la normalidad. Nuestro autor caía, con una frecuencia cada vez mayor, en convulsiones de distintos grados, así como en cierta situación de inmovilidad que debió soportar hasta que llegó el día de su muerte. Al menos eso era lo que yo había escuchado por allí, pues al verdadero *¿Mi Yo?* nunca lo llegué a conocer

en persona. ✂ Esa noche pasé muchas horas observando aquella aparición. Incluso amaneció, oscureció de nuevo, y yo seguí en forma atenta su discurso. Aquel cuerpo un tanto fantasmal continuó presente todo ese tiempo a mi lado. Al comienzo pensé que ver a tal personaje sentado en mi cama podía tratarse de un efecto visual producido por alguna de las sustancias para el asma que había consumido antes de acostarme. Era posible también que fuera síntoma de alguno de los períodos alterados de conciencia que, como mencioné, acostumbro experimentar. En los últimos años he pasado por momentos mentales un tanto difíciles de describir. Visité durante esos procesos a una serie de médicos y me sometí a pruebas que finalmente fueron incapaces de darle una denominación clínica a mi circunstancia. Mientras comencé a escuchar a *¿Mi Yo?* con más atención, buscando entender de una manera más clara lo que de alguna manera parecía tratar de expresar, fui comprendiendo que esa presencia podía tratarse también de una suerte de obsequio que me otorgaba eso que se conoce como el más allá. Me encontraba delante de un *¿Mi Yo?* bastante anciano. Era como si aquel personaje hubiera seguido envejeciendo después de su muerte. Mostraba, a los lados de la cabeza, largos y tersos mechones de pelo. Las uñas de la mano izquierda eran largas y amarillentas. No era de esa manera como se le había visto durante sus últimos años. Al contrario, recuerdo algunas fotos donde acostumbraba aparecer con la cabeza rapada

y vistiendo en toda ocasión una túnica negra. Lucía siempre en aquellas imágenes un estado aceptable de pulcritud. Había logrado no dar la imagen de alguien vencido por la vida. No había exhibido nunca, de manera pública al menos, ningún aspecto de decadencia. Aunque quizá me esté confundiendo con respecto a esta apreciación, ya que ciertas personas que lo conocieron afirman lo contrario. Lo que sí sabía era que durante sus tiempos finales se hizo de una cantidad algo grande de perros callejeros. Uno de ellos carecía incluso de la pata trasera. Dicen que en las noches los llevaba a pasear dentro de un carro de supermercado que le obsequiaron algunas personas caritativas poco antes de que muriera. También se afirmaba que dejó un testamento donde lo único que especificaba era a quién le otorgaría cada uno de los animales, así como las instrucciones precisas sobre cómo debería ser su entierro. Parece que, aparte del testamento, dejó una carta dirigida a la *sheika* que administraba la *tequia* —la mezquita sufí— a la que era tan afecto, y a la que acudía con cierta regularidad. ✂ Las primeras palabras de las cuales capté algún sentido más o menos preciso fueron las que pronunció para referirse a la detección temprana de una necesidad constante de escribir sin escribir. De una urgencia por resaltar en sus textos los vacíos y las omisiones antes que las presencias habituales. Quizá por eso buscó, desde sus primeras obras, lograr una forma de redacción que de algún modo escapara a las estructuras narrativas en el

sentido tradicional. Para *¿Mi Yo?* escribir fue desde el comienzo un simple recurso para ejercer, de manera un tanto hueca, el mecanismo de la creación. Tal vez por ese motivo copió sin cesar, desde que era niño, los textos que aparecían en los frascos de alimentos o de medicinas que se encontraran en su casa. También fragmentos de libros de otros autores. Se dedicó durante algún tiempo sólo a una especie de trabajo de transcripción, ejercicio que separa muchas veces a la escritura de su supuesta función original, es decir, la de transmitir ideas. A pesar de lo estupefacto que me mostré al verlo con vida sentado allí, en el borde de mi cama, *¿Mi Yo?* no pareció advertir mi reacción y siguió sin más con su discurso. Dijo que muchas veces había constatado con terror el carácter profético de algunas de sus obras. Señaló que se había visto envuelto, quince o veinte años después de haberlas concebido, en situaciones similares a las que aparecían en la ficción. Puso como ejemplo un texto en particular: su libro *Salón de belleza*. Recordó que poco después de haberse realizado el montaje teatral de aquella obra, la enfermedad que lo llevó a la muerte apareció en su cuerpo con una fuerza devastadora. Se hizo presente en su organismo una dolencia semejante a la que algunos piensan que se retrata en la ficción. Desde el primer momento le advirtió al director de teatro que no deseaba participar en la puesta en escena que se iba a llevar a cabo. Le expresó que le confiaba el libro con el fin de que obtuviera un resultado propio.

¿Quién puede afirmar con honestidad que jamás se ha postrado frente a un espejo y sentido que la imagen que éste le devuelve es la de un extraño? ¿Quién puede aseverar que jamás se ha sentido un pasajero extraño dentro de su propio cuerpo? Ese desdoblamiento, ese pequeño intersticio entre nuestro ser, el que enfrenta las vicisitudes de la cotidianidad, y ese yo que pareciera habitar en un tiempo que es todo menos presente, es el mundo en el que transcurren las dos *nouvelles* que conforman este fascinante libro de Mario Bellatin.

En el texto que le da título al libro, el narrador observa ese ser autónomo pero dependiente de su existencia, al que no sin cierto asomo de duda llama *¿Mi Yo?*, sentado en el borde de su cama. A partir de este hecho en apariencia sencillo las múltiples voces que configuran al autor alternan narraciones por las que desfilan excéntricos personajes inmiscuidos en no menos extravagantes situaciones como un filósofo travesti, un masajista ciego y un niño que se convierte en el máximo experto en canarios del país.

El relato que cierra el libro, *El pasante de notario Murasaki Shikibu*, trazado bajo la misma línea subversiva de la metamorfosis múltiple (en esta ocasión es la escritora Margo Glantz la que se transfigura lo mismo en la célebre escritora japonesa Murasaki Shikibu que en un pasante de notario), combina parajes y seres místicos y mitológicos, como las cuevas de Ajanta en la India o un enorme y terrible Golem que azota la ciudad en la que habita la protagonista de la historia.

Al final, nos queda la certeza de aquello que el narrador de *Disecado* afirma con total convicción: «la realidad es un pálido reflejo de cualquier acto creativo».

«La potencia formal de su prosa y la impiedad de su imaginario logran algo más importante que la elegancia, siempre equívoca: comunica el carácter espasmódico de la belleza.»

NICOLÁS CABRAL, *Letras Libres*



narrativa **sextopiso**

ISBN 978-84-96867-88-8



9 7 8 8 4 9 6 8 6 7 8 8 8